

La vaguedad y la precisión: Ejercicios de elasticidad lingüística

Vagueness and precision: Exercises in linguistic elasticity

DOI: 10.46932/sfjdv2n5-033

Received in: Jun 1st, 2021

Accepted in: Sep 30th, 2021

Santiago U. Sánchez Jiménez

Doctor en Filología Hispánica y Premio extraordinario de doctorado
(Universidad Complutense de Madrid)

Profesor titular de universidad

Departamento de Filología Española

Universidad Autónoma de Madrid, 28049 Madrid (Spain)

E-mail: santiagou.sanchez@uam.es

RESUMEN

La vaguedad es una propiedad inherente de las lenguas naturales y, también, una estrategia discursiva eficaz. En este trabajo se presta atención a los rasgos de la vaguedad lingüística, a los motivos que justifican su existencia, a los tipos de vaguedad y a la relación que se establece con otros procesos semánticos como la polisemia, la homonimia o la modalidad epistémica. La vaguedad intencional (la que persigue un fin comunicativo) ha de enmarcarse dentro del contínuum precisión-imprecisión. En el ámbito de la vaguedad intencional ha de distinguirse una vaguedad pragmática (generada por el contexto) y otra vaguedad lingüística, consistente en el empleo de elementos lingüísticos que estrechan el margen de precisión o amplían el espectro de la vaguedad. La posibilidad de que el emisor pueda intervenir en el grado de precisión o imprecisión de una expresión lingüística pone de manifiesto la elasticidad del idioma.

Palabras claves: vaguedad lingüística, precisión, elasticidad lingüística, vaguedad intencional, generalización, aproximadores

ABSTRACT

Vagueness is an inherent property of natural languages and also an effective discursive strategy. In this work attention to features of linguistic vagueness, the reasons for their existence, the types of vagueness and the relationship established with other semantic processes such as polysemy, homonyms or epistemic modality is provided. The intentional vagueness (which pursues a communicative purpose) must fit within the continuum of precision-vagueness. In the field of intentional vagueness we have to distinguish a pragmatic vagueness (generated by the context) and other linguistic vagueness, consisting of the use of linguistic elements that narrow the margin of precision or broaden the spectrum of vagueness. The possibility that the speaker may select the degree of accuracy or inaccuracy of a linguistic expression shows the elasticity of language.

Keywords: vague language, precision, elastic language, intentional vagueness, general meaning, approximators

1 NO SEA VAGO, IMPRECISO, INCONCRETO Y TODO ESO...

Frente a lo que ocurre con el concepto de precisión nociones como vaguedad o imprecisión no parecen gozar de buen predicamento¹. La intuición se confirma si prestamos atención, por ejemplo, a cómo se presentan estos términos en los diccionarios o al tipo de recomendaciones que figuran en libros de estilo y manuales de corrección idiomática.

En el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia (*DLE*), la entrada de *vaguedad*² presenta dos acepciones (1. f. Cualidad de vago². *La vaguedad de sus opiniones*. 2. f. Expresión o frase vaga). En ambos casos se advierte la asociación del significado con manifestaciones de naturaleza lingüística. En la entrada de *vago*², *ga* se incluyen dos acepciones técnicas (4. adj. *Pint.* Vaporoso, ligero, indefinido. 5. m. *Anat.* nervio vago) y tres significados circunscritos al ámbito común. La primera de estas tres acepciones se aplica a referentes animados y dinámicos (1. adj. Que anda de una parte a otra, sin detenerse en ningún lugar.); la segunda y la tercera se atribuyen a conceptos o a entidades no animadas (2. adj. Dicho de una cosa: Que no tiene objeto o fin determinado, sino general y libre en la elección o aplicación. 3. adj. Impreciso, indeterminado.).

Si recogemos las notas semánticas asociadas al adjetivo *vago*² y al sustantivo *vaguedad*², y las aplicamos a una realidad lingüística, podemos decir de esa realidad que no es práctica (esto es, no persigue «un objetivo o fin determinado») y no está definida (no presenta límites precisos). De este modo, la *expresión vaga* se describe desde la consideración de lo insuficiente, de sus carencias con respecto a lo que se estima suficiente y completo. Pudiera servir de complemento a esta descripción la definición del compuesto *voz vaga*, incluido en la entrada *vago*², ('Rumor, noticia o hablilla esparcida entre muchos, y cuyo autor se ignora') advirtiendo además que *hablilla* en este diccionario se define como el 'rumor, cuento o mentira que corre en el vulgo'. A los rasgos semánticos ya señalados se añaden ingredientes poco favorables: la *voz vaga* no tiene autor, se sustenta en una mentira y es propia del vulgo.

No parece que la presentación negativa de *vaguedad*² (y de *vago*²) se atenúe si se establece una conexión con su homónimo *vaguedad*¹ (y *vago*¹), tal y como se presenta en este mismo diccionario (*DLE*: 2014: s. v.):

*vago*¹, *ga* (del lat. *vacuus* 'desocupado'). 1. adj. Holgazán, perezoso, poco trabajador. U. t. c. s. 2. adj. Dicho de una persona: Sin oficio y mal entretenida. U. t. c. s. 3. adj. Vacío, desocupado. 4. adj. desus. Vacante, vago. 5. m. *Ar.* Solar vacío.

en vago 1. loc. adv. Sin firmeza ni consistencia, o con riesgo de caerse, o sin apoyo en que estribar y mantenerse. 2. loc. adv. Sin el sujeto u objeto a que se dirige la acción. 3. loc. adv. En vano, o sin el logro de un fin o intento que se deseaba, o engañándose en lo que se juzgaba.

¹ En las obras que tratan específicamente de la vaguedad –Channell (1994), Cutting (2007) o Zhang (2015)– se incide en la visión negativa que, habitualmente, se tiene del fenómeno. El concepto de *elasticidad* (tomado de Zhang, 2015) pretende, por un lado, neutralizar esa consideración peyorativa del concepto y, por otro lado, destacar la maleabilidad del sistema lingüístico para adaptarse a las intenciones comunicativas de los hablantes.

A pesar de que en el *DLE* se distinguen *vago*¹ y *vago*², separación que reproduce la de *vagar*¹ y *vagar*², siguiendo el criterio de Corominas y Pascual [2012] (1980-1991: s. v.)², las interferencias semánticas son evidentes, especialmente si nos fijamos en la locución adverbial *en vago*, incluida en *vago*¹, pero que mantiene con algunos valores recogidos en *vago*² clara familiaridad semántica³. Es razonable suponer que, a pesar de la tajante distinción de los diccionarios entre los homónimos (*vago*¹ y *vago*²), el hablante no versado en asuntos etimológicos o ni etiquetados lexicográficos considere que, en realidad, es una palabra polisémica.

En cualquier caso, los significados asociados al adjetivo *vago* –y a su derivado *vaguedad*–, referidos a manifestaciones lingüísticas, se muestran, al menos en la lexicografía, de un modo negativo. Este tratamiento contrasta con la presentación de los significados, que podemos considerar opuestos a *vago* (*impreciso*), de las seis primeras acepciones correspondientes al adjetivo *preciso*.

preciso, sa: Del lat. *praecīsus* 'cortado', 'conciso'. 1. adj. Dicho de una cosa: Perceptible de manera clara y nítida. Líneas precisas. Contornos precisos. 2. adj. Dicho de una persona: Que actúa con acierto y destreza. Un tirador preciso. 3. adj. Dicho de un instrumento de medida: Que permite medir magnitudes con un error mínimo. Este instrumento es muy preciso: mide milésimas de milímetro. 4. adj. Dicho de una cosa: Realizada de forma certera. Opera con movimientos rápidos y precisos. 5. adj. Dicho de una persona o de su expresión: Concisa y rigurosa. 6. adj. Dicho de una cosa: Conocida con certeza o sin vaguedad. No sé la hora precisa de la reunión. 7. adj. Necesario o indispensable. Tomaremos las medidas precisas. 8. adj. Fil. Abstraído o separado por el entendimiento. 9. adj. El Salv. Que tiene prisa. 10. f. Nic. prisa (|| necesidad de ejecutar algo con urgencia). (*DLE*: 2014: s. v.)

Conforme a las apreciaciones semánticas hechas respecto a estos adjetivos, podemos indicar que *vago* y *preciso* aplicados a expresiones lingüísticas se ubican en los extremos del contínuum que va desde la vaguedad o imprecisión hasta la precisión. Ese contínuum, de acuerdo con la lexicografía, consta de un polo positivo (*preciso*) y otro negativo (*vago* o *impreciso*). Por otro lado, es de interés atender al significado básico heredado del étimo latino (*vagus* 'inconstante, indefinido' y *praecisus* 'cortado, recortado'), ya que se trata de una información semántica relevante si se asocia con el rasgo gramatical +/- telicidad (delimitado/no delimitado). Así, el carácter inconcluso de *vago* (o *impreciso*) se identifica con las nociones gramaticales abiertas: la continuidad propia de los sustantivos incontables o el aspecto inacabado de los tiempos verbales imperfectos. La naturaleza limitada de *preciso*, en cambio, se asocia

² En Corominas y Pascual [2012] (1980-1991: s. v. *vagar* y *vago*), se reconoce un verbo *vagar* 'tener tiempo', 'estar ocioso', del lat. *VACARE* 'estar vacío', 'estar libre', 'estar ocioso' y otro *vagar* (del lat. *VAGARI*), como derivado dentro de la entrada de *vago* 'errante', 'indefinido, indeterminado', tomado del lat. *vagus* 'vagabundo', 'inconstante', 'indefinido'. En todo caso, resulta fácil de explicar el cruce semántico entre las dos familias etimológicas, como reconocen los autores: «En ciertos matices es difícil asegurar si estamos ante *VACARE* o *VAGARI*, como en el pasaje del *G. de Alfarache* "andábame *vagando* a la flor del berro por las calles de Roma", que *Aut.* define "andar ocioso, sin oficio ni beneficio"» (s. v. *vagar*).

³ De hecho, en el *Diccionario de Autoridades* (*AUT*: s. v.) se recoge la locución adverbial *en vago* («modo adverbial») bajo la 2ª acepción de *vago*² ('Se aplica también a las cosas, que no tienen asunto, ù fin determinado, sino general, y libre en la elección, ù aplicación. Lat. *Vagus*') y no dentro de la entrada *vago*¹, como hace el *DLE* (2014: s. v.).

sin dificultad con la discontinuidad de los sustantivos contables o con el aspecto perfectivo de los tiempos verbales.

En sintonía con las propuestas lexicográficas del *DLE*, en los libros de estilo y corrección son frecuentes las recomendaciones para evitar la vaguedad y otros vicios familiares y, al mismo tiempo, los consejos orientados a ser precisos⁴. Así, por ejemplo, en el manual de estilo de Strunk y White [1979] (2005: 37), se desaconseja el empleo de lo vago y fenómenos afines: «Prefer the specific to the general, the definite to the vague, the concrete to the abstract». Claro está: este tipo de tratados se centran en el discurso formal, encaminado regularmente a la transmisión especializada de contenidos; en este ámbito de comunicación, pues, la precisión y la claridad resultan condiciones imprescindibles. Sin embargo, la realidad discursiva es multiforme; no se reduce a escritos formales. No siempre podemos ser precisos; no siempre queremos serlo. Con los ejemplos aducidos a continuación se pretende ilustrar estas dos circunstancias comunicativas que afectan a la fuente del mensaje: incapacidad del emisor para alcanzar la exactitud, en el primer caso; intencionalidad comunicativa, en el segundo.

Imaginemos que en un paseo nocturno por el campo advertimos una extraña presencia tras los arbustos. Podríamos decir que hay *algo*. Si orientamos nuestra linterna encendida hacia el lugar y comprobamos que ese *algo* se mueve, diremos que se trata de un *animal*. Cuando el animal da un salto y trepa con agilidad por el tronco de un árbol, nos aventuramos: es un *gato montés*. *Algo* es más vago (más genérico) que *animal* y este, a su vez, lo es más que *gato montés*. Como hablantes, somos capaces de graduar la vaguedad dependiendo de nuestra percepción de la realidad, de nuestro conocimiento (quizá no sepamos que hay cinco subespecies de gato montés o, incluso, no hayamos reconocido que, en realidad, se trataba de una jineta) y también de nuestra intención comunicativa.

En la siguiente secuencia de la conocida película de *Annie Hall* de Woody Allen, se reconoce el empleo de una expresión vaga (*cosa*) con una finalidad comunicativa.

Tony: Bueno, nos volvemos a «Fierre». Empezamos allí la velada y ahora volvemos para reunimos con Jack y con Angélica y tomar una copa y... si quieren venir, nos encantaría que nos acompañasen.

Annie: ¡Oh, sí!

Tony: Podemos charlar y tomar una copa... en fin. Oh, no es nada de particular, sólo estar a gusto en un sitio sedante. (Annie y Tony miran a Alvy, que tiene un dedo puesto en la boca)

Alvy: ¡Acuérdate de que teníamos una cosa!

Annie: ¿Qué cosa?

Alvy (carraspea): ¿No te acuerdas? Esa cosa que quedamos en...

Annie: ¿Qué cosa?

Alvy: ...Sí, teníamos que...

(Annie, Tony y los demás miran a Alvy)

Annie: Oh, claro, esa cosa... (Ríe.) Sí, es verdad, claro.

(Annie se vuelve hacia Tony, que sonrío).

⁴ Esa advertencia contra la vaguedad se recoge también en una de las máximas de Grice [1975] (1989: 24-31): la de modo o manera, centrada en la claridad del mensaje. Es sabido que las máximas son manifestaciones del principio de cooperación que regula los intercambios comunicativos. Lo relevante es que el incumplimiento de esas máximas descubre (a través de la implicatura) una manera distinta de comunicación: la vaguedad también comunica.

Alvy no busca la precisión, más bien la rechaza: recurre voluntariamente a un término vago (de amplia capacidad designativa y de escasa intensidad semántica) con el ánimo comunicarse exclusivamente con Annie, que, tras algunos titubeos, por fin acaba por entender lo que Alvy quiere decir. La vaguedad ha surtido efecto.

De lo expuesto hasta el momento podemos extraer varias conclusiones. Primera, el descrédito de la vaguedad se debe en gran medida al prestigio de la escritura académica, cuyos ideales estilísticos son la claridad y la precisión. Segunda, al establecer una norma estilística orientada a la precisión, admitimos la existencia de los usos lingüísticos vagos y reconocemos que la vaguedad es una propiedad del lenguaje humano susceptible de gradación (+/- vaguedad). Tercera, la imprecisión es un indicio de la limitación cognitiva del ser humano impuestas por el lenguaje humano; en otros casos, ser la vaguedad deliberada es una estrategia discursiva eficaz.

2 ¿CUÁNDO UNA EXPRESIÓN LINGÜÍSTICA ES VAGA Y POR QUÉ?

Un término es vago si acoge espacios de indefinición semántica donde no podemos afirmar con rotundidad si su aplicación es o no válida (Williamson: 1996: 4869). Así, *joven* ('persona que se encuentra en un periodo inmediatamente anterior a la madurez') es un término vago. Estamos seguros de que un niño de 4 años no es una persona joven y que tampoco lo es un anciano de 80 años; sin embargo, entre estos dos tipos no dudosos se crea un intervalo de indefinición: ¿es joven una persona de 12, de 15, de 25, de 35, de 40 años?

Un término semánticamente *vago* se caracteriza por tres rasgos (Égré & Klinedinst: 2011: 1-2): a) entre los casos en que no se aplica el término (4 años y 80 años) y los que se aplica (por ejemplo, 17 años) se genera un intervalo de indefinición; b) alrededor de los casos de clara no aplicación (niño de 4 años y señor de 80 años) se desarrollan otros espacios transicionales borrosos: entre niño y joven, por lado, y el adulto y el joven, por otro; c) la falta de límites precisos y exactos para distinguir los casos de joven-adulto y niño-joven explica la gran tolerancia y ductilidad de los términos vagos⁵.

A pesar de que muchos estudios sobre la vaguedad se centran en los adjetivos graduales⁶, el fenómeno afecta a casi todas las palabras, con excepción de algunos términos gramaticales de carácter lógico como la adición (*y*) o la negación (*no*). Russell (1923), incluso, defiende la idea de que el lenguaje natural en su totalidad es vago y que, incluso, esos términos lógicos (*menos vagos*), inmersos en nuestras producciones lingüísticas habituales, acaban siendo vagos.

Ullmann [1962] (1986) dedica el capítulo «Palabras de bordes embotados» a explicar la naturaleza imperfecta del idioma y propone cuatro causas: dos relacionadas con el código (el carácter genérico de

⁵ Esa ductilidad de los términos vagos se advierte en nuestros intercambios comunicativos más cotidianos. Hemos propuesto como ejemplo claro de 'no joven' el caso de 80 años; sin embargo, dependiendo de la perspectiva de los hablantes, podría aceptarse sin demasiadas reservas el empleo de *joven* en este caso: —*Su padre tiene 80 años* —*Ah, pues es joven*. Este uso descubre la naturaleza abierta y maleable de los términos vagos y la generación de significado promovida desde el contexto.

⁶ Se analiza en detalle la vaguedad de los adjetivos dimensionales en Ynduráin (2015: 351-357).

las palabras y las facetas del significado), una vinculada a lo extralingüístico (inexistencia de fronteras nítidas en la realidad) y otra asociada a nuestra limitación cognitiva (falta de familiaridad de los hablantes con las cosas).

La generalización es una operación cognitiva doble: supone la abstracción (agrupación de categorías) y la diferenciación entre categorías. La evocación de Funes el memorioso⁷, en este sentido, resulta muy oportuna, ya que Funes era capaz de reconstruir con absoluta precisión lo que había sucedido un día entero, aunque para ello necesitara un día entero. Funes no entendía el símbolo genérico de *perro* y «le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)». El retrato que el narrador hace de Funes es revelador: «Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, es abstraer».

Por otro lado, como han demostrado las investigaciones realizadas en el ámbito de la lingüística cognitiva, los límites entre las categorías no son nítidos. Tampoco todos los elementos de una categoría son igual de representativos: hay ejemplares prototípicos y ejemplares periféricos. Si nos detenemos, por ejemplo, en la presentación lexicográfica de los sustantivos correspondientes a las categorías *fruta* y *verdura*, advertimos que se recurre a definiciones prototípicas (*verdura* 1. f. Hortaliza, *especialmente* la de hojas verdes. *fruta* 1. f. Fruto comestible de ciertas plantas cultivadas; *p. ej.*, la pera, la guinda, la fresa, etc.).

El hecho de que las palabras, exceptuando quizá tecnicismos y términos lógicos, no tengan un solo significado ni ese significado sea homogéneo permite descubrir distintas facetas semánticas asociadas a un término. Así, podemos explicar el cambio de significado dependiendo del contexto de uso o la intención de los hablantes. La idea de que el significado no es unitario, sino que es susceptible de descomponerse es la base de las propuestas de la teoría del lexicon generativo, recogidas recientemente en Pustejovsky y Batiukova (2019).

Ullmann aduce, además, dos causas ajenas al código para justificar la imperfección del lenguaje. La primera de ellas manifiesta la imposibilidad de limitar con precisión un mundo de carácter continuo. Podemos acordar que *pedregoso* se aplica a un terreno ‘cubierto naturalmente de piedras’, pero ¿cuándo merecerá un camino o una senda la atribución del adjetivo *pedregoso*?, ¿a partir de qué número de piedras?, ¿de qué tamaño?, ¿con qué densidad? La segunda causa (la falta de familiaridad del hablante con las cosas) obedece a nuestro modo de comprender la realidad: ¿sabemos distinguir en todos los casos cuándo estamos ante una fruta o una verdura?, ¿qué condiciones ha de cumplir un elemento X para integrar el conjunto Y de las verduras?, ¿una berenjena es una fruta o una verdura?, ¿y una remolacha? Dejando aparte nuestro conocimiento especializado de ciertos ámbitos de la realidad, como especie humana

⁷ Borges [1942] (1986).

estamos incapacitados para comunicarnos con absoluta precisión porque no nos entendemos con la realidad así: simplificamos y categorizamos. En nuestro lenguaje ordinario, generalizamos, establecemos categorías difusas y nos comunicamos de forma vaga.

A estos cuatro factores sugeridos por Ullmann (1962) añadimos otros dos que explican la presencia de la vaguedad en nuestras producciones lingüísticas. El primero tiene que ver con el modo como se desarrolla la comunicación. Desde las propuestas de Grice [1975] (1989) o Sperber y Wilson (1986), la comunicación se considera un proceso activo de naturaleza intencional e interpretativa, donde los participantes toman decisiones. La construcción del mensaje del emisor se fundamenta en indicios intencionales (ostensión); la interpretación del receptor es una operación cognitiva que trata de reconocer las intenciones del emisor (inferencia). Pues bien, en este proceso dinámico de ostensión e inferencia, el emisor traduce sus pensamientos (complejos y llenos de matices) a expresiones lingüísticas, pero esta traducción es una representación aproximada del pensamiento, más general, más simplificada; en definitiva, vaga. Posteriormente, el receptor transforma esa expresión lingüística esquemática en representación mental con ayuda de contenidos extralingüísticos. Es fácil de entender, de esta forma, que el parecido entre las representaciones mentales de emisores y receptores serán razonablemente parecidas, pero no reproducciones exactas.

El segundo factor al que aludía atañe al proceso de construcción del discurso. Como hemos visto, la vaguedad es inherente al sistema, pero al mismo tiempo la vaguedad (o imprecisión) puede graduarse intencionalmente. En este sentido, hay dos aspectos discursivos que condicionan la mayor o menor presencia de construcciones vagas: el soporte comunicativo y la planificación del discurso. Si la voluntad del emisor es graduar la vaguedad (hacerlo más preciso o más vago), esta operación será más eficaz en un soporte escrito (que admite la operación de borrado) y ese control de la precisión o imprecisión será más eficaz si hay una planificación previa, ya que estas circunstancias favorecen la reflexión metalingüística.

De lo expuesto hasta ahora podrían derivarse estas consideraciones:

1. La vaguedad, desde un punto de vista lógico, es una propiedad inherente a la lengua natural. Aceptar esa premisa es asumir que la precisión absoluta es inalcanzable.
2. Nuestras expresiones lingüísticas son traducciones esquemáticas y aproximadas de nuestros pensamientos y de nuestra forma de percibir la realidad.
3. Son vagos los adjetivos calificativos graduales; también lo son los intensificadores (*mu*y), las preposiciones (*hacia*), los verbos de actividad (*nadar*), los sustantivos continuos (*agua* o *montón*), los indefinidos (*much*as) o los adverbios locativos (*cerca*), etc.
4. Atendiendo al proceso de construcción discursiva, lo relevante es que el hablante puede flexibilizar sus producciones lingüísticas: hacerlas más elásticas y graduar la (im)precisión del discurso para lograr sus objetivos comunicativos.

3 HABLEMOS, PUES, DE VAGUEDAD Y DE OTRAS COSAS...

Hemos constatado a partir del adjetivo *joven* que hay términos cuyo significado es inherentemente vago. Así, el adjetivo *gordo* es vago: hay casos claros de alguien que *no* es *gordo* y casos claros de alguien que *sí* lo es; pero, junto a esos casos indiscutibles (*gordo* frente a *no gordo*), hay ejemplos dudosos que ocupan un intervalo de indefinición. Además, la transición que va de los ejemplos claros a ese intervalo de límites indefinidos también es borrosa. Supongamos que un señor A pesa 100 kilos y otro señor B, 40 kilos. Se trata de ejemplos claros: el señor A está gordo y el señor B no lo está. En cambio, entre esas dos referencias se genera un intervalo de indefinición: el señor C de 85 kilos ¿está gordo o no?; y el señor D que pesa 59 ¿lo está? ¿Seríamos capaces de determinar en qué momento exacto en su proceso de adelgazamiento el señor A deja de estar gordo y cuándo con absoluta seguridad el señor B llegará a estar gordo?

Esta gradualidad continua y difusa es la que se manifiesta en la conocida paradoja sorites. Al restar consecutivamente un gramo a los 100 kilos y formular reiteradamente la misma pregunta (¿El señor A con 99,999 kilos estará gordo? y ¿con 99,998 kilos?...), la imposibilidad de establecer un corte preciso nos llevaría —si nos atenemos a la aplicación sucesiva de la lógica— a mantener que el señor A con un solo gramo está gordo. Prestemos atención a los siguientes intercambios comunicativos:

—*Marina está gordita.*
—*Sí, ya pesa 5 kilos.*

—*Marina está gordita.*
—*Sí, ya pesa 90 kilos.*

De la lectura de estos diálogos surge una cuestión: ¿cómo podemos explicar que la aserción *Marina está gordita* sea válida para describir realidades tan distintas? Un modo de resolver este desajuste consiste en asociar enunciado y contexto; esto es, contenido proposicional y clase que establece un estándar de comparación. Marina con 5 kilos está gordita para ser un bebé de dos meses; Marina con 90 kilos está gordita para ser una mujer adulta. Los estándares de comparación son las clases con que se compara el ejemplo: el conjunto de los bebés de dos meses o las mujeres adultas. Por lo tanto, la aplicación de la vaguedad de un adjetivo gradual como *gordo* atiende a dos parámetros: uno basado en sus propiedades léxicas y gramaticales (gradación abierta y expresión semántica de continuidad); otro sustentado en la pragmática: en la comparación entre el ejemplo y el estándar de precisión pautado por la clase (Kennedy: 2011: 520-533).

Al lado de esta definición estricta de vaguedad (aplicada a términos de significado continuo y límites borrosos), se maneja también otra más amplia: la de un término cuyo significado es suficientemente general como para aplicarse a muchas realidades (Murphy: 2010: 83-84). Se habla en este

caso de vaguedad, indeterminación o generalización. Así, el sustantivo *reloj* es vago, indeterminado o general porque su definición es suficientemente abarcadora como para acoger en su ámbito a *reloj de pulsera*, *reloj de sol*, *reloj de agua*.... Otros autores –como Cruse (2004)– prefieren distinguir la vaguedad del tipo *gordo* y la de generalización, que presenta un carácter de inclusión: el término amplio (*general*) es un hiperónimo que incluye a los más específicos (*reloj de arena*...).

No cabe duda de que hay diferencias entre los dos casos aducidos. En primer lugar, *gordo* es un predicado; *reloj*, una entidad. Además, *gordo* establece una oposición contrastiva de límites borrosos con *no gordo* mientras que *reloj* fija una relación de inclusión con otros términos más intensos semánticamente. Por último, en *gordo* se aprecia una continuidad sin ruptura (la gordura no deja de estar presente dentro de los límites borrosos del intervalo semántico); en *reloj* constatamos una extensión semántica que acoge una sucesión discontinua de entidades aglutinadas bajo una etiqueta común, resultado de un proceso de categorización.

Sin dejar de lado estas peculiaridades, podríamos mantener que semánticamente es un mismo fenómeno: un término X expresa un espacio de significado amplio al que se da rango de categoría. Considerando la actividad discursiva, conviene distinguir los dos tipos de vaguedad. La vaguedad de *gordo* es inherente al código: el hablante no interviene, no elige, no decide nada, salvo el empleo o no de ese término. En el segundo caso el hablante puede recurrir a *reloj* o *reloj de pulsera* para nombrar la misma realidad y lo hará de un modo vago (*general*) o especializado; puede, incluso, graduar el nivel de generalización aludiendo al mismo referente: *reloj* > *instrumento* > *objeto* > *algo/eso*, que representaría la altura máxima de vaguedad (hiperonimia de alto nivel). Hablaremos, pues, de una vaguedad inherente y de una vaguedad de generalización.

El concepto de vaguedad (inherente) se caracteriza, por tanto, por la continuidad semántica: a un término X (*gordo*) le corresponde un significado (s^1) ('que tiene mucho peso') de naturaleza extensiva y límites imprecisos. En ocasiones, la vaguedad inherente se confunde con la homonimia o la polisemia. Se da la homonimia cuando dos palabras comparten una forma X, pero cada palabra asocia una forma con una red propia de significados: $X^1 (s^1, s^2, s^n \dots) // X^2 (s^1, s^2, s^n \dots)$. La polisemia consiste en la existencia de una palabra X con dos o más significados claramente diferenciados, aunque genéticamente vinculados: $X (s^1, s^2, s^n \dots)$. Así, *coma*¹ ('signo ortográfico') y *coma*² ('estado patológico de pérdida de conciencia') y *coma*³ ('crin') son palabras homónimas: comparten la forma, pero su significado en modo alguno está relacionado, ni presenta familiaridad etimológica. Por otro lado, *gato* es un término polisémico con una red propia de significados: 'animal felino', 'instrumento para elevar pesos'...

El discernimiento teórico entre formas con multiplicidad de significado (homonimia o polisemia) y formas con significado borroso (vaguedad) parece fácil, la delimitación en la práctica, en cambio, no resulta tan sencillo. Por una parte, el hablante no siempre distingue homonimia y polisemia, aunque sí lo

hagan los lexicógrafos cuando aplican un criterio etimológico. Además, la heterogeneidad semántica no siempre se refleja en el reconocimiento de significados convencionalmente diferenciados. Por ejemplo, el uso de un sustantivo como *libro* se contempla semánticamente desde perspectivas (facetas) distintas en virtud de la situación comunicativa.

—Bueno, ¿qué tal va el libro?
—Fenomenal.

En este intercambio nos encontramos ante un conocimiento compartido por los interlocutores; sin embargo, el carácter semiótico del referente explica que el aspecto (*faceta*) al que prestamos atención sea diferente si quien formula la pregunta es el maquetador, el encuadernador, el editor, el escritor, el vendedor, el profesor que ha encargado su lectura, etc. En el diccionario no se recogen acepciones diferentes para la presentación compositiva del texto, la calidad de la encuadernación, el libro como producto final, la historia, el objeto venal o la tarea académica, el usuario, en cambio, es capaz de reconocer a qué aspecto semántico se presta atención en cada caso. Aunque estas variaciones de significado no se reflejen como acepciones en los diccionarios, no parecen presentar dificultad alguna para los hablantes. Por otra parte, este despliegue de facetas semánticas, ¿ha de interpretarse como un caso de vaguedad o de polisemia?

Detengámonos brevemente en el análisis de un término representativo de la vaguedad inherente: *montón*. En el diccionario se recogen dos acepciones: 1. ‘Conjunto de cosas puestas sin orden unas encima de otras’ y 2. ‘Cantidad considerable’. El término es polisémico porque la forma X remite a dos significados, aunque genéticamente vinculados, claramente diferenciados (s^1 y s^2): *Haz un montón con esa arena* y *Tengo un montón de cosas que decirte*. El proceso de creación polisémica responde a un proceso de generalización (o vaguedad en sentido amplio): cantidad de cosas agrupadas en forma de cono > cantidad considerable de entidades. En el proceso de gramaticalización de un sustantivo colectivo indeterminado (*montón de arena*) a un sustantivo cuantificativo (*montón de ideas*) la esencia de la vaguedad se mantiene en las dos acepciones.

El entrecruzamiento de estos procesos (polisemia y vaguedad de generalización) se advierte especialmente en la diacronía, ya que la especialización o la generalización (relacionados con la precisión o la vaguedad) son procesos de cambio semántico. De una acepción general de *beber* (‘ingerir un líquido’) pasamos a otra más especializada (‘ingerir bebidas alcohólicas’). Y en sentido contrario: de la especializada *átomo* (‘partícula indivisible por métodos químicos, formada por un núcleo rodeado de electrones’) a la genérica *átomo* (‘parte muy pequeña de algo’) de significado inherentemente vago.

Atendiendo a estas apreciaciones, podríamos establecer un contínuum⁸ que va desde la homonimia (la máxima distinción entre significados, *coma*¹, *coma*² y *coma*³) a la mayor similitud que representa la continuidad semántica de la vaguedad genérica (*reloj*, en función de sus hipónimos) o la vaguedad inherente (*muy*). Entre homonimia y vaguedad se encuentra la polisemia en la que habríamos de reconocer grados dependiendo de la diferenciación de significados: *gato* ‘animal’, *gato* ‘instrumento’ > *beber* ‘ingerir líquidos’, *beber* ‘ingerir bebidas alcohólicas’ (significado derivado del proceso de especialización) > facetas semánticas de un significado *libro*. Los significados polisémicos más independientes (*gato*) apuntan a la homonimia; las facetas de significado se aproximan a la vaguedad.

Homonimia (*coma*¹, *coma*², *coma*³) > polisemia (*gato*) > polisemia (*beber*) > facetas semánticas (*libro*) > vaguedad generalizadora (*reloj*) > vaguedad inherente (*muy*)

Fenómenos como vaguedad, homonimia o polisemia se abordan generalmente desde la perspectiva de la semántica léxica, sin embargo, el significado cobra sentido en el escenario comunicativo, donde asumen protagonismo las intenciones comunicativas y los procesos de inferencia. En el ámbito comunicativo conviene no confundir la vaguedad o imprecisión (lo que se dice de manera vaga o imprecisa) con aquello que no se dice, pero se recupera por el contexto o por la activación de operaciones de interpretación.

De acuerdo con esta observación podemos hablar de dos procesos que conviven en cualquier intercambio lingüístico: a) el proceso de implícitud-explicitud, relacionado con la información contextual y b) la inferencia del receptor para interpretar qué quiere comunicar su interlocutor. Aunque estos dos procesos no parecen darse en este orden (primero la explicitud y luego la inferencia) ni de manera secuenciada, mantenemos esta diferencia por claridad expositiva. Se trata, en suma, de comprobar cómo se comporta la vaguedad (o imprecisión) en función de esos procesos. Comencemos con el proceso de implícitud-explicitud a partir de este diálogo.

—A mí me gusta más la rubia.

—Pues, a mí no.

En este intercambio hay contenido (implícito) que solo podemos recuperar (hacer explícito) a través del contexto. La información contextual implícita permite acordar quiénes hablan y de qué. La deixis personal marcada por el pronombre *mí* refiere a Jaime en la primera intervención; a Juan, en la segunda. Por otra parte, el alcance referencial de la elipsis nominal queda implícito. Por el contexto, tanto Jaime como Juan saben de qué están hablando en ese bar a la una de la madrugada. Están probando una cerveza tostada que a Jaime no le gusta tanto como a Juan. Además de esa referencia sobreentendida, hay

⁸ Tuggy (1993) y Murphy (2010: 91-93).

otros contenidos elididos. Uno de ellos es referencial y tiene que ver con el término de la comparación: *A mí me gusta más la [cerveza] rubia [que la cerveza tostada]*. El otro contenido no explícito es de carácter proposicional y queda bajo el ámbito de negación —*Pues, a mí no [me gusta más]*— y está relacionado con la información cotextual.

Supongamos que se da la siguiente variable en el mismo espacio comunicativo. Jaime y Juan acaban de pedir una cerveza tostada.

—*A mí me gusta más la rubia.*

—*Pues, a mí no.*

El conocimiento que comparten los amigos le permite a Juan recuperar sin dificultad la referencia elidida. A Jaime la cerveza tostada le encanta, así que alude sin duda a una de las camareras que precisamente hoy no trabaja. Juan muestra su preferencia (la camarera morena, que les ha servido las cervezas tostadas); Jaime, en cambio, muestra su predilección por la camarera rubia, que hoy descansa.

La elipsis referencial queda resuelta por el contexto y ese contenido responde a un acuerdo entre los interlocutores: qué decimos y a qué nos referimos. En la dinámica de la conversación esa referencia temática puede cambiar y negociarse; siempre se tiene claro de qué se habla y, si no, se acuerda. Podemos imaginar otra situación comunicativa en que se produzca el mismo intercambio con otras referencias elididas:

—*A mí me gusta más la rubia.*

—*Pues, a mí no.*

Jaime refiere en su primera intervención a la cerveza, mientras sostiene la jarra en alto y mira a su amigo. Juan puede cambiar el sentido de la elipsis y hacer alusión a la camarera morena. Mientras discrepa de Jaime, le guiña un ojo y dirige su mirada disimuladamente a la camarera. Se advierte un cambio referencial propio de la dinámica conversacional, pero los hablantes saben de qué hablan o, al menos, se preocupan por determinarlo.

¿Qué ocurre con la vaguedad? En este intercambio hay dos términos inherentemente vagos: uno léxico (*gustar*) y otro gramatical (*más*, un cuantificador comparativo por exceso). La expresión en conjunto, que establece una comparación entre dos estados, es vaga. El hablante recurre a un elemento léxico vago (*gustar*), cuyo significado se ajusta a una continuidad semántica de límites imprecisos. Esta expresión es vaga, pero su vaguedad puede reorientarse en un sentido u otro: *me gusta más, algo más, bastante más...* En todo caso, frente a lo que sucede con la polisemia (o ambigüedad) la vaguedad inherente no se resuelve en el contexto. La información contextual no deshace la vaguedad: ¿cuál es el

grado exacto de gustar o no gustar? o ¿cuál es el grado preciso de intensidad superior que marca *más* aplicado a gustar o no gustar?

Atendamos, ahora, al proceso de inferencia relacionado con la interpretación del receptor. Jaime y Juan han tomado un par de cervezas más. Jaime se dispone a pagar porque es su cumpleaños, pero se da cuenta de que ha olvidado la cartera en casa.

—¿Llevas bastante dinero?
—Pago yo, tranquilo.

En este intercambio se advierte la información que aporta el contexto: a quién refiere la segunda persona inscrita en la forma verbal *llevas*, cuál es el referente del pronombre *yo* o de qué elemento referencial se predica *tranquilo*; pero también se establece una ponderación imprecisa (*bastante*) que se aplica a un complemento elidido (*para pagar*). Todos estos contenidos (implícitos) se recuperan del contexto y los comparten los participantes en la situación comunicativa.

Ahora bien, la intervención de Jaime es una interrogación. La interpretación recta del enunciado sería entender que se trata de una pregunta, cuya respuesta más esperable es sí o no. Sin embargo, la interrogación es una petición indirecta, que el receptor ha sabido interpretar; por ello, la respuesta de Juan es una aceptación y un compromiso: ‘me encargo de pagar yo’. El enunciado interrogativo admite, en principio, dos interpretaciones: la directa (formulación de una pregunta) y la indirecta (la petición atenuada). En esta oportunidad, la intención de Jaime es pedir algo a Juan, de un modo indirecto, y la respuesta preferida en ese intercambio es, por tanto, la aceptación de esa petición.

De nuevo, apreciamos un caso de vaguedad inherente: el uso del indefinido *bastante*, que expresa una suficiencia indeterminada con respecto a una cantidad a la que se alude en el contexto, si bien no se hace explícita: [para pagar al menos lo que cuestan las cervezas que se han bebido]. Volvemos a constatar que ni la información contextual ni el resultado de la operación de inferencia del receptor deshacen la vaguedad del cuantificador: el cuantificador expresa cantidad suficiente de una manera imprecisa. No obstante, esto no impide la comunicación, porque estamos acostumbrados a intercambiar enunciados vagos⁹.

Hemos abordado en este apartado la vaguedad en comparación con otros fenómenos (homonimia y polisemia), advirtiendo que son procesos semánticos de naturaleza dinámica no absolutamente diferenciados. Asimismo, hemos comprobado que las expresiones inherentemente vagas son indiferentes al contexto comunicativo: se mantienen vagas a pesar del añadido contextual y del proceso inferencial del receptor.

⁹ Claro está que en el caso de la vaguedad no inherente (de generalización) podemos referirnos a *la cerveza* de un modo genérico (*la bebida*). En este caso, el modo de aludir al referente es más impreciso, pero el contexto situacional determina a qué nos referimos.

No obstante, a propósito de la relación entre contexto y significado vago, es interesante plantearse si es aceptable responder afirmativa y negativamente a esta pregunta: *¿La Tierra es esférica?* Supongamos que la pregunta se formula en una clase de historia dedicada a la figura de Copérnico. Los estudiantes responderían al profesor que saben que es esférica y no plana. Si la pregunta se formula en un encuentro científico sobre geodésica, la respuesta sería negativa. Los especialistas saben que la forma de la Tierra es irregular, más ancha en el ecuador que en los polos y con más irregularidades. ¿Cómo es posible responder afirmativa o negativamente y que las dos respuestas sean aceptables? Parece que esta posibilidad tiene que ver con el margen de precisión aplicado en cada situación comunicativa: en el primer caso se activa un margen de precisión no estricto que, desde luego, no se admite en el segundo¹⁰. Analicemos otro intercambio comunicativo, prestando atención al margen de precisión.

—¿A qué hora empieza?
—A las nueve.

El enunciado que sirve de respuesta es una expresión temporal de referencia precisa. Imaginemos que este intercambio surge a propósito de una fiesta sorpresa que los interlocutores organizan. Que la fiesta dé comienzo tres minutos antes o después no parece justificar que alguien diga que la fiesta no haya empezado a la hora indicada: el margen de precisión es amplio. Pensemos ahora en una pregunta que formula el técnico encargado de emitir las cuñas publicitarias: una variación de un minuto es, desde luego, en este caso mucho más significativa; el margen de precisión es estricto¹¹. Estos intercambios ilustran varios aspectos. En primer lugar, una expresión inherentemente vaga mantiene su vaguedad a pesar de la información recuperada por el contexto o derivada de la inferencia del receptor. Sin embargo, una expresión precisa puede llegar a ser vaga en contextos comunicativos en que el margen de precisión se amplíe y, por tanto, no sea estricto¹².

Asimismo, el hablante dispone de mecanismos lingüísticos para evidenciar el grado de precisión o imprecisión con que una expresión se emplea. Si un alumno le preguntara al profesor: *Pero, ¿la Tierra en sentido estricto es esférica?*, este podría recurrir a inductores lingüísticos de vaguedad para acomodar su respuesta al ajuste del margen de precisión (*en sentido estricto*) que propone el estudiante: *es prácticamente esférica, casi esférica, muy esférica...* Estos inductores generan un intervalo semántico de

¹⁰ Wilson & Sperber (2012: 57-61).

¹¹ Puede recordarse lo ocurrido a propósito de un debate electoral a cuatro celebrado el 13 de junio de 2016 en España. Su comienzo estaba previsto para las 22:00, pero se retrasó. El margen de precisión en un programa que había de ajustarse a la parrilla televisiva era muy estricto. Esta circunstancia explica que el presentador de TVE empleara una construcción un tanto forzada: «El debate empieza justo ahora, a las diez y ocho en punto».

¹² En Lasersohn (1999) se da cuenta del fenómeno de extensión o reducción del margen de precisión según el contexto, recurriendo al concepto del halo pragmático (pragmatic halos).

vaguedad que va desde el extremo absoluto (de máxima esfericidad) hasta un extremo abierto, de límites borrosos.

Tomando en consideración estas apreciaciones, podemos distinguir varios tipos de vaguedad. En primer lugar, reconocemos una vaguedad semántica¹³ (o de código), que presentan los términos inherentemente vagos: los adjetivos graduales antónimos (*alto-bajo, joven-viejo, triste-alegre...*), el intensificador *muy* o los indefinidos *bastante, mucho, más, menos...* En contraposición con este tipo de vaguedad, nos encontramos con una vaguedad pragmática, que es la que recae sobre expresiones precisas que adoptan, en virtud del contexto (estricto o no estricto), distintos grados de imprecisión.

Por otra parte, si atendemos a la construcción discursiva, podríamos distinguir una vaguedad intencional y otra vaguedad no intencional. Dentro de la vaguedad no intencional se encontraría la inherente al sistema, pero también esa que funciona como un índice involuntario de la incapacidad del hablante, de su falta de conocimiento o de su impericia lingüística. La vaguedad intencional (o activa) es la que responde a una estrategia del hablante, que recurre a este mecanismo lingüístico con una intención comunicativa (como sucede por ejemplo en los discursos literarios o publicitarios). Quizá en el caso de la vaguedad intencional podríamos utilizar la etiqueta de imprecisión, contemplada como una dimensión continua (imprecisión-precisión) y gradual que el hablante maneja, a modo de variante lingüística, dependiendo de su intención comunicativa¹⁴.

4 EL CONTINUUM PRECISIÓN-IMPRECISIÓN O LA VAGUEDAD INTENCIONAL

Hasta ahora hemos prestado atención, fundamentalmente, a dos tipos de vaguedad: la vaguedad natural (inherente al sistema) y la generada por el margen no estricto de aplicación del contexto comunicativo. Sin embargo, atendiendo a una consideración de la vaguedad intencional, el hablante dispone de un material lingüístico dúctil (elástico) que adapta a sus necesidades comunicativas. En el continuo gradual (vaguedad-precisión) el hablante recurre a elementos lingüísticos que se ajustan al grado de (im)precisión pretendido: incrementan la vaguedad o la rebajan para que el discurso sea más preciso. Por ejemplo, en una construcción del tipo *Son las dos*, advertimos que la presencia de un cuantificador numeral preciso (*dos*) hace que la interpretación de la construcción sea, al margen del contexto, precisa. A partir de esta referencia el hablante dispone de procedimientos lingüísticos para ajustar la precisión o para generar intervalos de vaguedad (o imprecisión).

¹³ Podríamos hablar también de una vaguedad generalizadora de naturaleza gradual (hiperonímica): *instrumento > reloj > reloj de agua*.

¹⁴ Desde esta perspectiva podemos hablar de un espacio de variación lingüística semejante al del continuo formal-informal.

1. Ajuste del margen de precisión: *Son exactamente las dos / Son las dos en punto...*
2. Generación de intervalos de vaguedad o imprecisión:
 - a. Intervalo anterior a la referencia: *Son casi las dos*
 - b. Intervalo neutro o de entorno: *Son más o menos las dos.*
 - c. Intervalo posterior a la referencia: *Son las dos y pico.*

Por otra parte, resulta bastante intuitiva la asociación entre el grado de precisión o imprecisión de una producción lingüística y el grado de compromiso del hablante respecto a lo dicho (el grado de certeza), modalidad epistémica¹⁵. A pesar de que se trata de manifestaciones afines, podría establecerse una diferencia atendiendo a su nivel de aplicación: la (im)precisión se circunscribe a espacios sintácticos oracionales, internos a la proposición; la epistemicidad, en cambio, afecta al contenido proposicional en su conjunto. Comparemos estos ejemplos:

Creía que había quince personas
Había unas quince personas

En el primer enunciado el verbo epistémico de creencia (*creía*) afecta al contenido proposicional en su conjunto (*haber quince personas*); en el segundo, el indefinido *unas* funciona como un operador semántico de aproximación que afecta al sintagma cuantificado *quince personas*, indicando que ese cómputo ('más o menos quince personas'). Esto explica que el contenido subordinado al verbo de creencia pueda cancelarse ('Creía que había quince personas, pero no había ninguna') y en el otro caso no ('Había unas quince personas, pero no había ninguna'). En definitiva, el ámbito de lo epistémico es la totalidad de la proposición [*haber quince personas*]; el ámbito de la (im)precisión modifica contenidos intraproposicionales [*quince personas*].

Una vez fijada esta diferencia entre la gradación de la certidumbre (modalidad epistémica) y el contínuum precisión-imprecisión, presto atención a dos casos que, en cambio, demuestran la proximidad entre estas dos expresiones. El primero de estos fenómenos se contempla desde la diacronía: una construcción epistémica (que afecta al ámbito proposicional) puede convertirse en marca de imprecisión, como se advierte en los ejemplos:

Si hablamos de la revolución del teatro a nivel social, me temo que, para ser sincero NO SÉ cuándo llegará, y ni siquiera si llegará. [Prensa: *La Ratonera. Revista asturiana de Teatro*, 05/2002: Jorge Rivera, España, CREA]

Nos dicen que, a lo mejor, se designarán en marzo, en abril o NO SÉ CUÁNDO. [Oral: Reunión 57, Sesión ordinaria 30, 11/12 de noviembre de 1998, Argentina, 09.formalidad=alta, audiencia=oyente pasivo, canal=cara a cara, CREA]

¹⁵ En su estudio sobre la vaguedad, Channell (1994: 18-19) deja de lado las marcas epistémicas de compromiso con la verdad del enunciado. Zhang (2015: 55-65) incluye la epistemicidad, junto a la aproximación, la generalización y la adaptación escalar, como una de las máximas de la elasticidad lingüística, como estrategia para cumplir los objetivos comunicativos.

En el primer ejemplo el verbo *saber* modificado por la negación (*no*) se ubica en el máximo extremo de la incertidumbre: el desconocimiento (*no sé...*) afecta a todo el ámbito proposicional (*cuándo llegara*) y (*ni siquiera si llegará*). En el segundo, en cambio, nos encontramos ante una construcción semilexicalizada (*no sé cuándo*) que ocupa una posición sintáctica de referencia amplia (un mes de la serie, posterior a *marzo* o *abril*). En este caso, estamos ante una marca de imprecisión ubicada dentro de la proposición. Este proceso demuestra la proximidad entre el grado de certeza y el grado de precisión: la construcción epistémica (*no sé + cuándo...*) puede lexicalizarse y funcionar como marca de imprecisión dentro de la proposición.

El segundo fenómeno afecta a la inserción de marcas periféricas a la proposición, que evidencian lingüísticamente el margen de precisión que se aplica. Pongamos como referencia el siguiente intercambio comunicativo:

—¿Cuándo empezáis?
—A las nueve.

Como hemos visto, el enunciado que sirve como respuesta es una expresión precisa (*las nueve*), pero la amplitud o constricción de la precisión puede depender del contexto. Si un amigo le pregunta a otro a qué hora se cena, en ese contexto la interpretación del horario favorece cierto intervalo de vaguedad en torno a esa referencia (*las nueve*). No obstante, si dos amigos hablan del inicio de la jornada laboral y saben que fichan a la entrada, el margen de precisión se estrecha. En estos casos, sin necesidad de marcas lingüísticas, el contexto establece un margen amplio o estricto de precisión.

Ahora bien, para poner de manifiesto el margen de precisión o de vaguedad, podemos emplear operadores lingüísticos intraproposicionales que evidencian ese margen: en el primer caso, *más o menos a las nueve*; en el segundo, *a las nueve en punto*. No obstante, puede indicarse el margen de vaguedad que afecta a un contenido lingüístico recurriendo a incisos oracionales, fuera de la proposición, tal y como hacen los operadores epistémicos. Este fenómeno se advierte en los siguientes casos:

Su filosofía es la de producir vinos que él llama ‘elegantemente secos’, y que son vinos con un azúcar entre 8 y 18 gramos litro, con lo que no son *SECOS ESTRICTAMENTE HABLANDO*, pero que él considera elegantes y equilibrados y adecuados para acompañar la comida. [Prensa: *El Mundo - Vino (Suplemento)*, 03/01/2003, España, CREA]

Zaragoza establece una división previa entre didascalias de espectáculo [...] y didascalias de lectura, las que no tienen dicha incidencia. Aun estando GROSSO MODO de acuerdo con una clasificación semejante, no se nos puede escapar la enorme dificultad de establecer cuándo una didascalia pertenece a un grupo o a otro. [Prensa: *Stichomythia. Revista de teatro español contemporáneo*, nº 0, 01/2002: “El espacio como protagonista...” España, CREA]

En el primer ejemplo, se deja claro que los *vinos* a los que se alude pueden ser *secos* solo en un margen de precisión holgado, puesto que, *estrictamente hablando*, la cantidad de azúcar de los vinos secos

no puede exceder los 4 gramos, como los especialistas en vinos secos saben. En el segundo caso, atendiendo a una consideración general (*grosso modo*), el autor acepta una clasificación parecida a la de Zaragoza; si bien, con mayor rigor, no la admitiría. En ambos ejemplos se evidencia a partir de marcas lingüísticas periféricas (fuera del ámbito proposicional, como los operadores epistémicos) el margen de precisión (estricto-no estricto) al que se ajusta un contenido proposicional, en lugar de dejar ese margen al arbitrio del contexto.

Si dejamos de lado la vaguedad generada en contextos comunicativos donde se aplica un margen de precisión amplio a expresiones precisas y nos limitamos al empleo de elementos lingüísticos, podemos hablar de tres procedimientos lingüísticos (no excluyentes) que el hablante emplea para graduar la (im)precisión:

1. Empleo de términos generalizadores de amplia capacidad referencial y escasa intensión semántica, como *algo, cosa, eso...* La especialización, por el contrario, sería una marca de precisión.
2. Adición de operadores (o inductores) de vaguedad (*aproximadamente*) o de precisión (*justo*). Habrían de incluirse aquí los marcadores extraproposicionales (que explicitan el margen de precisión aplicado a la proposición).
3. Empleo de piezas léxicas que incorporan en su significado la noción de vaguedad. [*tirar a, rondar, alto, superar...*]

Entonces, me han visto varios médicos, uno particular me dijo que sí, que me lo podían hacer, que era una ilictomía, O ALGO ASÍ [Oral: Radio, Madrid, 21/01/92, España, CREA]

Desde hace dos meses desde la alcaldía se ha remitido a los grupos políticos con representación municipal, la propuesta de repartición de cantidades a los distintos temas que se pretenden lograr en este y en años venideros. Un presupuesto que RONDA los 1.000 millones de los cuales ALREDEDOR del 50% se gastará en Personal (172 millones); créditos e intereses abiertos (76 millones); gastos corrientes (190 millones); Mancomunidades (54 millones). [Prensa: *El Diario Vasco*, 06/01/2001: Los presupuestos aprobados en Urretxu para este año rondan los mil mil... España, CREA]

En el primer ejemplo detectamos un caso de generalización: el uso de la proforma *algo* con una función de corrección discursiva. El hablante alude a una operación quirúrgica que denomina *ilictomía*, pero no está seguro de que ese sea realmente su nombre (*ileostomía*); por ello, añade un segmento de valor genérico (*algo*) con un complemento de aproximación por semejanza al nombre propuesto (*así*). En este caso, el proceso de generalización corresponde al empleo de una proforma nominal cuyo alcance queda acotado por el adverbio modal de semejanza *así*.

En el segundo texto se recogen los otros dos procedimientos señalados. El adverbio *alrededor* funciona como un operador de imprecisión aplicado a la referencia aportada (50 %). El intervalo de imprecisión que aporta este operador es de aproximación neutra, un intervalo de entorno: ‘más o menos esa cantidad’. Por otra parte, el verbo *rondar* experimenta una traslación semántica de base metafórica: deja de significar movimiento ‘dar vueltas alrededor de algo’ para expresar estado: ‘ser aproximadamente algo’.

Como vemos, el hablante dispone de un repertorio de formas lingüísticas para graduar la precisión o imprecisión de su discurso. Esto supone que, por un lado, la materia lingüística es dúctil (elástica) y que el hablante decide graduar o no la (im)precisión de su producción lingüística.

En cuanto al procedimiento de adición de operadores, habría que prestar atención a la clase de operadores y al tipo de operación que realizan. Con respecto a la primera observación, ha de considerarse que no solo el añadido de piezas léxicas puede aportar precisión o imprecisión, también los morfemas derivativos, las variantes morfológicas o construcciones gramaticales pueden cumplir esa función. Así, sucede en estos casos:

Hemos llegado a una perfecta cobertura asistencial sanitaria, dicen, de la sociedad española, pero también a unos médicos convertidos absolutamente en máquinas expendedoras de recetas y lectoras de resultados de análisis que traen en la columna del lado los valores normales, porque, en caso contrario, quizá tampoco sabrían interpretar cómo es eso de tu CPK tras el DOLORCILLO que has sentido aquí en el pecho. [Prensa: *Época*, 19/01/1998: Los últimos médicos con ojo clínico España, CREA]

En cuanto entramos en la Escuela, los militares rodearon el edificio. Entre soldados, marineros y policías HABRÍA UNOS ochocientos hombres. [1992, Jodorowsky, Alejandro: *Donde mejor canta un pájaro Chile*, CREA]

¿Cuánto es en plata eso, por favor? Eso VIENE A SER ciento setenta y dos soles. [Oral: *Red global: enlace global con Hildebrandt* Perú, CREA]

Como vemos en el primero de estos ejemplos, el sufijo *-illo* sirve como una marca de aproximación semántica: ‘algo cercano a un dolor’. En el segundo ejemplo el indefinido *unos* cumple la función de operador de aproximación semántica (‘eran aproximadamente 800 hombres’), pero a la indicación que proporciona el operador *unos* se añade el valor de conjetura que aporta el condicional (*habría* frente a *había*). En el tercer ejemplo, la perífrasis presenta un valor de aproximación semántica (‘son más o menos setenta y dos soles’).

A la hora de analizar la operación (de precisión o imprecisión) que se lleva a cabo, ha de tenerse en cuenta que esta operación depende de dos factores: la naturaleza del término sobre el que se aplica el operador y, en segundo lugar, la naturaleza semántica y gramatical del operador. Es muy frecuente que los operadores de precisión (o imprecisión) afecten a entidades cuantificadas. Si nos fijamos en el segundo y tercer ejemplo aducidos, el operador tiene un alcance extensional, puesto que se aplica aproximadamente al número (*800* o *ciento setenta y dos*). Sin embargo, en el caso del diminutivo que se recoge en el primer ejemplo se advierte una aproximación intensional, afecta al significado de la base léxica: es un *dolorcillo*, pero podría decirse que no se trata realmente de un dolor. En palabras de García Calvo (2009: 109), nos encontramos ante un desfigurador semántico: un *dolorcillo* es una especie de dolor, pero no es en sentido estricto un dolor.

La operación de (im)precisión está condicionada también, como hemos señalado, por la naturaleza gramatical y el carácter semántico del operador. Tomemos como referencia el intensificador *muy*, que

expresa incremento abierto, no acotado, del significado sobre el que opera. Cuando se aplica a un adjetivo semánticamente vago en una oración como *El edificio es muy alto*, se produce la intensificación de un significado que ya es vago: *alto* es vago y *muy alto* también.

¿Qué ocurre cuando *muy* se aplica a un adjetivo preciso y cerrado como *lleno*? Al decir que una botella está llena o que una sala de cine está llena, entendemos que en la botella no cabe más agua o que no hay butacas libres para ver la película. Lo interesante es comprobar que al aplicar el adverbio *muy* a este adjetivo absoluto, de límite preciso, se produce un borrado de límite y se abre un intervalo de vaguedad. Así, si decimos que la botella de agua está muy llena, damos a entender que aún tiene capacidad, que no está llena, aunque no se precise qué cantidad queda para que lo esté por completo; en el otro caso, una taquillera del cine puede decirnos que la sala está muy llena, pero que aún quedan localidades de primera fila.

¿Qué sucede, en cambio, cuando utilizamos *totalmente* como intensificador del adjetivo *lleno*? En esta oportunidad, *totalmente* es un adverbio aspectualmente acabado, de límites precisos. Cuando modifica al adjetivo *lleno*, se estrecha el margen de precisión: la botella totalmente llena o la sala totalmente llena denotan estados completos, de límites precisos. Lo mismo sucede con el antónimo *vacío*. Una construcción como *La sala está vacía* pueden entenderse de dos modos, en función del margen de precisión: en un margen estricto (en la sala no hay nadie); en un margen amplio (en la sala hay muy pocas personas, casi nadie). Al añadir *totalmente* a una construcción como *La sala está totalmente vacía* se manifiesta lingüísticamente que el margen que se aplica es estricto: se deshace la ambigüedad entre dos modos de interpretar la oración (modo estricto o modo amplio). Al aplicar *totalmente* a un adjetivo abierto y vago como *alto*, se produce la agramaticalidad (**El edificio es totalmente alto*) puesto que los adjetivos vagos rechazan la acotación de límite preciso.

En definitiva, las expresiones precisas (adjetivos *lleno* o *vacío*) admiten la interpretación vaga o imprecisa, desde la consideración de un margen amplio, no estricto, de aplicación. Esta imprecisión se marca por el contexto, a partir de incisos que hacen explícito el margen amplio de aplicación (*generalmente hablando*, *grosso modo*) o por medio de operadores vagos como *muy*. Por el contrario, la vaguedad del adjetivo *alto* es irresoluble: ni el contexto ni el empleo de incisos de margen estricto ni la presencia de operadores deshace la vaguedad semántica.

5 CONCLUSIONES ABIERTAS, DE LÍMITES BORROSOS...

Nos hemos detenido en varias cuestiones relacionadas con la vaguedad, que es al mismo tiempo propiedad constitutiva del lenguaje natural y recurso estratégico eficaz en los intercambios comunicativos. Por su naturaleza semántica, hemos comprobado que la vaguedad se presenta como un fenómeno complejo, vinculado con otros procesos semánticos como la homonimia, la polisemia o el grado de certeza

de un contenido proposicional (modalidad epistémica). Atendiendo a su manifestación, hemos distinguido entre una vaguedad lingüística (que recurre a términos inherentemente vagos o a marcadores de vaguedad) y una vaguedad pragmática (que se genera desde el propio contexto).

La naturaleza gradual de la vaguedad lingüística y el hecho de que las expresiones lingüísticas se adapten a un continuum de variación formado por dos polos (vaguedad o imprecisión, frente a precisión) da cuenta de la flexibilidad del idioma y de la capacidad del hablante para decidir qué expresión (más vaga o más precisa) es la más adecuada para conseguir sus fines comunicativos. A pesar del escaso interés que el estudio de los procedimientos lingüísticos que inducen a la precisión o imprecisión han merecido hasta las últimas décadas, estos no son en modo alguno un fenómeno marginal dentro de la comunicación lingüística. Son muchas las cuestiones que habríamos de plantearnos al considerar el continuum precisión-imprecisión desde un punto de vista textual y pragmático: ¿Qué papel desempeña la vaguedad lingüística en distintos procedimientos de organización discursiva (estructuras de definición, marcas de continuidad temática, establecimiento de enumeraciones de carácter abierto, construcciones de reformulación...)? ¿Qué funciones pragmáticas se llevan a cabo a través de las expresiones que conforman el continuum de vaguedad-precisión? ¿Qué factores situacionales regulan y condicionan el uso de las construcciones precisas o imprecisas (el conocimiento compartido de los interlocutores, el entorno común o especializado, el carácter temático, el asunto abordado...)? Quedan abiertas, al modo de los límites imprecisos y borrosos de la vaguedad, estas y otras cuestiones semejantes.

BIBLIOGRAFÍA

- (AUT). REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1726-1739). *Diccionario de autoridades*. <http://web.frl.es/DA.html>
- BORGES, Jorge Luis [1942] (1986). «Funes el memorioso». *Prosa*. Barcelona. Círculo de Lectores. 126-131.
- CHANNELL, Joanna (1994). *Vague Language*. Oxford. Oxford University Press.
- (CREA). REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*.
- (DLE). REAL ACADEMIA ESPAÑOLA / ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. (2014). *Diccionario de la lengua española*, 23.^a edición. Madrid. Espasa. <http://dle.rae.es/index.html>
- COROMINES, Joan y José Antonio Pascual. [2012] (1980-1991). *Diccionario crítico etimológico castellano hispánico* (edición electrónica). Madrid. Gredos.
- CRUSE, Alan (2004). *Meaning in Language. An Introduction to Semantics and Pragmatics*. Oxford. Oxford University Press.
- CUTTING, Joan (2007). *Vague Language Explored*. Basingstoke. Palgrave Macmillan.
- ÉGRÉ, Paul & Klinedinst, Nathan (ed.) (2011): *Vagueness and Language Use*. New York: Palgrave Macmillan.
- GARCÍA CALVO, Agustín (2009). *Elementos gramaticales* (3 vol). Zamora. Lucina.
- GRICE, Paul H. [1975] (1989): «Logic and Conversation». *Studies in the Way of Words*. Harvard. Harvard University Press. 22-40.
- KENNEDY, Christopher (2011). «Ambiguity and vagueness: An overview». *Semantics. An International Handbook of Natural Language Meaning*. in MAIENBORN, C.; von Heusinger, K. and Portner P. (eds.). Berlin. De Gruyter. 535-574.
- LASERSOHN, Peter (1999): “Pragmatic Halos”, *Language* 75, 3, 522-551.
- MURPHY, M. Linne (2010). *Lexical Meaning*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PUSTEJOVSKY, James y Batiukova, Olga (2019). *The Lexicon*. Cambridge. Cambridge University Press.
- RUSSELL, Bertrand (1923). «Vagueness», *Australian Journal of Philosophy and Psychology* 1. 84-92.
- SPERBER, Dan y Wilson, Deirdre (1986). *Relevance: Communication and cognition*. Harvard: Harvard University Press / Blackwell.
- STRUNK. W. y E. B. White [1979] (2005). *The Elements of Style*. New York. Penguin Books.
- TUGGY, David (1993). «Ambiguity, polysemy, and vagueness». *Cognitive Linguistics*, 4(3). 273-290.
- ULLMANN, Stephen [1962] (1986): *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Madrid. Aguilar.

WILLIAMSON, Timothy (1996): «Vagueness». *The Encyclopedia of Language and Linguistics*. Asher, R. E. & Simpson, J. M. Y. (ed.). Oxford. Pergamon Press. 4869-4871.

WILSON, Deirdre & Dan Sperber (2012): *Meaning and Relevance*. Cambridge. Cambridge University Press.

YNDURÁIN, Carlos (2015): *Los adjetivos dimensionales en español: Análisis semántico y propuesta lexicográfica*, Tesis doctoral inédita leída. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

ZHANG, Grace Q. (2015). *Elastic Language: How and Why We Stretch Our Words*. Cambridge. Cambridge University Press.